

EL GRAN TEMPLO QUE NUNCA SE LLEGO A CONSTRUIR. LA CATEDRAL COLONIAL DE CUENCA (ECUADOR)¹.

Jesús PANIAGUA PEREZ
Universidad de León.

ABSTRACT:

In this study we consider the problems posed by the building of the cathedral at Cuenca in Ecuador after the establishment of a bishopric in that city. This religious edifice was never built in the end because of the unachievable nature of the proposals and as a result of problems arising from the independence movement. Nevertheless, the documents generated allow us to get an idea of what the original mother church had been like, and what ambitions the bishops and local authorities had for the design of their new cathedral.

PALABRAS CLAVE: Cuenca, Ecuador, Catedral, Proyectos, Siglos XVIII-XIX.

La fundación de una ciudad durante el periodo de dominio español iba seguida de la erección de una catedral o de una iglesia mayor. En Cuenca tal hecho fue abordado por el cabildo en 1557 y para tal fin el virrey peruano, marqués de Cañete, dotó la citada construcción de mil pesos en tributos vacos. Se iniciaba así un proceso que duraría varios años y continuaría tras ser elevada la ciudad al rango de obispado durante el reinado de Carlos III.

EL ANTECEDENTE. LA IGLESIA MATRIZ DE CUENCA

En el último cuarto del siglo XVI la falta de arquitectos y de maestros de obras en los territorios de la Audiencia de Quito eran un hecho innegable. La propia capital tenía verdaderos problemas en este sentido, de ahí las presiones ejercidas en torno a 1600 sobre los artífices Becerra y Corral cuando sucesivamente pasaron por la ciudad². La situación en Cuenca, por tanto, no es difícil suponer

1. Salvo caso de quedar especificado en las notas, la mayor parte de la información de este artículo procede del A.G.I.(ARCHIVO GENERAL DE INDIAS DE SEVILLA), Quito 595.

2. En este sentido puede verse el artículo de J. PANIAGUA PEREZ, «El proceso de construcción de San Agustín de Quito», en *Archivo Agustiniiano* LXXVI-194, Valla-dolid 1992, pp. 47-48.

que era mucho más desastrosa y que las obras se abordaban de la mejor manera posible por los más entendidos en el asunto, estando la mayoría lejos de la consideración de arquitectos o de verdaderos maestros de obras.

Para poder llevar a cabo la construcción de la matriz cuencana se recurrió, como en otros lugares, a la venta de capillas para enterramiento de familias principales de la nueva urbe, incluso la capilla mayor vino a caer en manos del capitán Antonio de Mora, con todo un proceso judicial y de acuerdos que reflejan la mentalidad de aquellas gentes³.

Afortunadamente, la elevación de Cuenca al rango de obispado a finales del siglo XVIII nos ha permitido saber, aproximadamente, como era aquella primitiva iglesia o al menos como había llegado a ser a finales del citado siglo, sin que hubiese probablemente muchas variantes, pues el empobrecimiento de la zona fue paulatino a raíz de la pérdida de importancia de la ciudad y su corregimiento como centro minero.

La creación del obispado cuencano obligaba a la erección de una catedral en una ciudad economicamente deprimida. La Corona, por otro lado, tampoco estaba dispuesta a hacer demasiados excesos y por ello era necesario arbitrar soluciones mientras se pensaba en el nuevo templo. Alguno de los existentes en Cuenca debía cumplir entre tanto con tales menesteres y, en función de esto, se mandó dictar un veredicto al ingeniero Francisco Fernández y a su asociado Lucas Villauri sobre que templos debían servir eventualmente para las funciones catedralicias.

El primero de los edificios en que se pensó fue el antiguo colegio de los jesuitas. La idea partió de Madrid y sobre él la Junta de Temporalidades debía formalizar la nueva función. La reforma y adaptación del mismo ascenderían a unos 15.000 pesos. El informe de los ingenieros, sin embargo, consideraba que tal edificio no resultaba válido para catedral por su tamaño, pero que podría servir como iglesia del Sagrario. Entre tanto, sería la matriz la que actuase de templo metropolitano mientras se construía una nueva en la esquina de la Plaza Mayor con el monasterio del Carmen⁴.

Contra la ubicación del templo diocesano en el de la antigua Compañía de Jesús se levantó también la voz del propio obispo de Quito, quien hasta entonces había dirigido los destinos eclesiásticos de la jurisdicción cuencana⁵. Las

3. J. CHACON ZHAPAN, *Historia de Corregimiento de Cuenca* (Tesis Doctoral Inédita), Universidad de Cuenca, 1982.

4. El lugar en el que se había pensado, por tanto, correspondía al que actualmente ocupa la catedral nueva de Cuenca.

5. Era entonces obispo de Quito Blas Sobrino, que dirigió los destinos de aquella diócesis desde 1776 a 1789 y, por tanto, el que vio desgajarse de su obispado el de Cuenca.

alegaciones del prelado eran muy semejantes a las de los citados ingenieros, aunque profundizó más en las cuestiones prácticas y litúrgicas de lo que corresponde a una catedral; es decir, la iglesia era estrecha, de una nave, y por tanto no permitía las procesiones internas, amén de que faltaba un coro bajo para el Cabildo. Frente a esto, el citado obispo quiteño, don Blas Sobrino, piensa que es mejor utilizar la iglesia matriz y, gracias a ello, conocemos de algunas precisiones sobre la misma.

Se dice que era de tres naves, disponía de coro bajo con «sobrada sillería» y trascoro, además de órgano «precioso»⁶; en cada nave se abrían tres capillas laterales, de las que una podría utilizarse como parroquia, haciéndole una entrada por el exterior para que con ello no se interrumpiesen los actos religiosos del Cabildo. Por otro lado, la matriz se abría a la plaza, cosa que no sucedía con la iglesia de la Compañía. Esto nos hace pensar que, aunque las dependencias de los jesuitas se hallaban en la Plaza Mayor, su iglesia se ubicaba bien en la actual calle Bolívar o en la Sucre.

El obispo quiteño llegaba a la conclusión de que lo único que necesitaba la iglesia matriz cuencana era hermosearse y llevar a cabo algunos arreglos necesarios para adecuarla a usos episcopales.

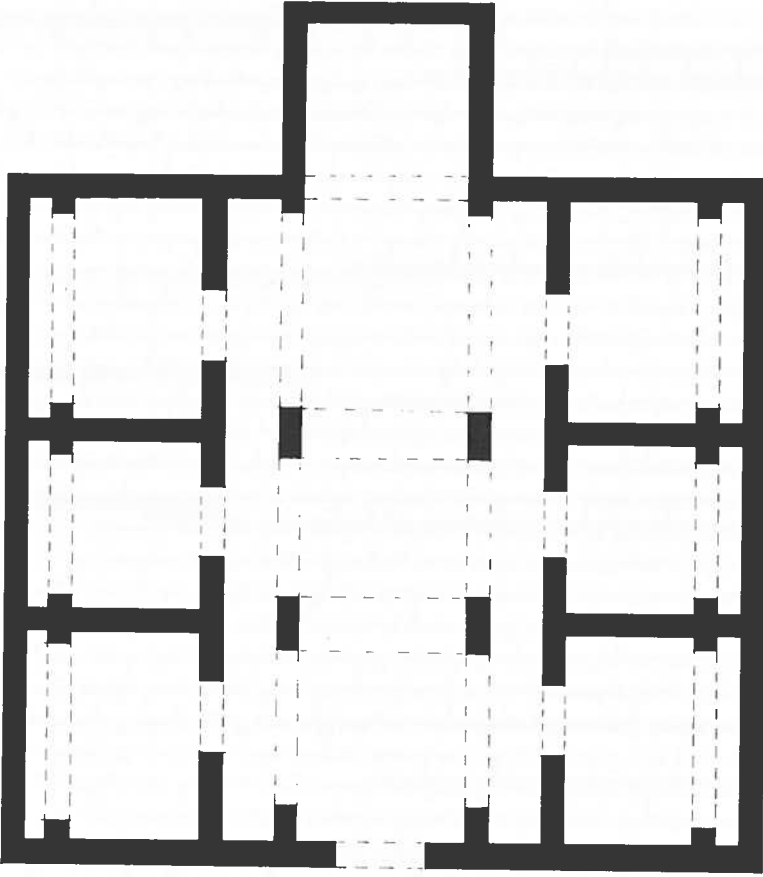
Ante tales informes se proveyó por el presidente de la Audiencia un auto el 27 de abril de 1786 destinando para iglesia catedral la citada matriz. Los gastos para los reparos quedaban dispuestos sobre los diezmos del obispado, ya que por entonces se carecía todavía de obispo y de canónigos.

Las medidas de la vieja iglesia matriz nos las facilitará después el obispo Carrión y Marfil, alegando lo pequeña que resultaba, ya que tenía 39 varas y media de largo por 16 varas y tercia de ancho, siendo la dimensión de las naves laterales inferior a 4 varas⁷. Los muros del templo eran de tierra, de acuerdo con las construcciones propias de la región, y las naves y pilares de madera, lo que, por otro lado, no permitía una gran altura. Esta forma era la tradicional de construir en Cuenca, como manifiesta el propio prelado al decir que los habitantes de la ciudad sólo se han preocupado de cubrirse con «casas de tierra blanqueada». No es extraño, por tanto, que en 1802 el Cabildo eclesiástico califique a esta iglesia de «galpón» y la considere indigna para realizar en ella actos destinados al culto divino.

Creemos que las tres capillas laterales que se conservan en la catedral vieja corresponden a aquella antigua construcción, así como el presbiterio, que luego

6. El órgano, que todavía se conserva en el coro alto de la catedral vieja, es una magnífica pieza barroca en la que se mezclan elementos pictóricos -en los remates superiores- y escultóricos en las dos grandes puertas que cierran la parte baja; éstas se decoran con casetones que encierran un tema floral, dentro del gusto del barroco quiteño por la compartimentación geométrica del espacio.

7. Se refiere el obispo a varas castellanas, equivalente cada una a 0,83590 metros.



Plano 1. Esquema del Plano que pudo tener la iglesia mayor de Cuenca (Ecuador).

se ampliaría y cuya medida de anchura coincide con los datos del obispo Carrión. La cubierta sería de madera, tal y como se conserva en alguna de las citadas capillas y en la mencionada capilla mayor. Al remodelarse este templo en el siglo pasado y principios del presente desaparecerían las capillas del lado que da a la Plaza Mayor, donde se abriría la gran portada que hoy contemplamos.

La iglesia mayor, por tanto, lo mismo que la catedral vieja, creemos que se situaría en sentido longitudinal a la Plaza, solución que no tenía nada de novedosa, pues la propia catedral de Quito recurre al mismo esquema. El problema en Cuenca es que la cabecera se halla en sentido opuesto al que dictan las normas litúrgicas, es decir, hacia el oeste. Por tanto, no sería excesivo aventurar que el templo tuvo alteraciones de situación en su presbiterio y lo que hoy es la cabecera, pudo haber sido parte de la antigua nave, aunque contra esto se puede alegar la existencia de una cubierta de artesa que pudiera ser original en parte.

LA CATEDRAL QUE NUNCA SE REALIZO. EL MODELO MALAGUEÑO.

El nuevo obispo de Cuenca, primer prelado de la diócesis, el malagueño Carrión y Marfil, pensó desde un primer momento en la elevación de una nueva catedral. No se le ocurrió pensar, ni más ni menos, que en la de su natal ciudad de Málaga para elevarla en los terrenos que ocuparon en su día los jesuitas. El problema era obtener los medios precisos, ya que el no quería cargar los costes sobre el real erario ni sobre los indios. De estos últimos sólo quería la aportación en trabajo personal, tal y como estipulaban las Leyes de Indias⁸.

Arbitró así una serie de medios para obtener fondos para su catedral frente a los prorrates llevados a cabo por las ciudades y pueblos más importantes del obispado. Con ello la oposición le iba a surgir por todas partes. La financiación iba a hacerse con los dos reales por fanega del cacao que se exportase desde Guayaquil, cuyo comercio se había liberalizado por intercesión del obispo desde el 5 de febrero de 1790, habiendo producido casi 85.000 pesos en siete años. Con esa medida el gasto estaba recayendo esencialmente sobre la jurisdicción de Guayaquil, de lo que se quejaban continuamente sus autoridades pues, además, de allí provenían la mitad de los diezmos de todo el obispado⁹. Lo cierto es que de 1788 a 1802, en que se suspende la imposición de los dos reales, el cacao de Guayaquil había supuesto para la catedral cuencana casi 150.000 pesos, de los

8. Véase *Recopilación de las Leyes de Indias*, Libro I, Título 1, Ley II.

9. Sobre todo el problema de enfrentamientos entre el obispado y la feligresía y autoridades guayaquileñas por el asunto de la construcción de la catedral de Cuenca puede verse J. PANIAGUA PEREZ, «Noticias socioeconómicas del Austro ecuatoriano obtenidas en el proceso de la nunca construida catedral de Cuenca» *Anuario Jurídico y Económico Escurialense* XXVI-1, El Escorial, 1993, pp. 513-541.

que quedaban sólo 97.643, debido a que el resto se había entregado al real erario. Las otras provincias apenas pudieron contribuir por su pobreza y todo acabó en España tras la invasión francesa para ayudar en la difícil situación peninsular.

Dejando a un lado los problemas de financiación, el prelado planteó algunas cuestiones que abaratarían la construcción y alegó -con toda precisión- que en la comarca existían los materiales suficientes para construir una buena catedral, tales como el jaspe blanco y de colores, el cristal de roca y las canteras de cal, amén de toda la madera necesaria en los bosques cercanos¹⁰. El verdadero problema técnico para la elevación del templo lo encuentra el prelado Carrión en la falta de artífices y arquitectos residentes en la región, mal endémico que se venía arrastrando desde el mismo momento de la fundación y que no había permitido en Cuenca más que alguna construcción honorable, como las iglesias de los monasterios de la Concepción y del Carmelo, ya que esos mismos monasterios, en lo que a sus dependencias internas se refiere, adolecían de todos los defectos constructivos de la zona. Además, el problema se veía aumentado porque los medios para llevar a esos artífices desde otros lugares eran escasos, cuando no nulos; lo mismo que era casi imposible el acopio de materiales.

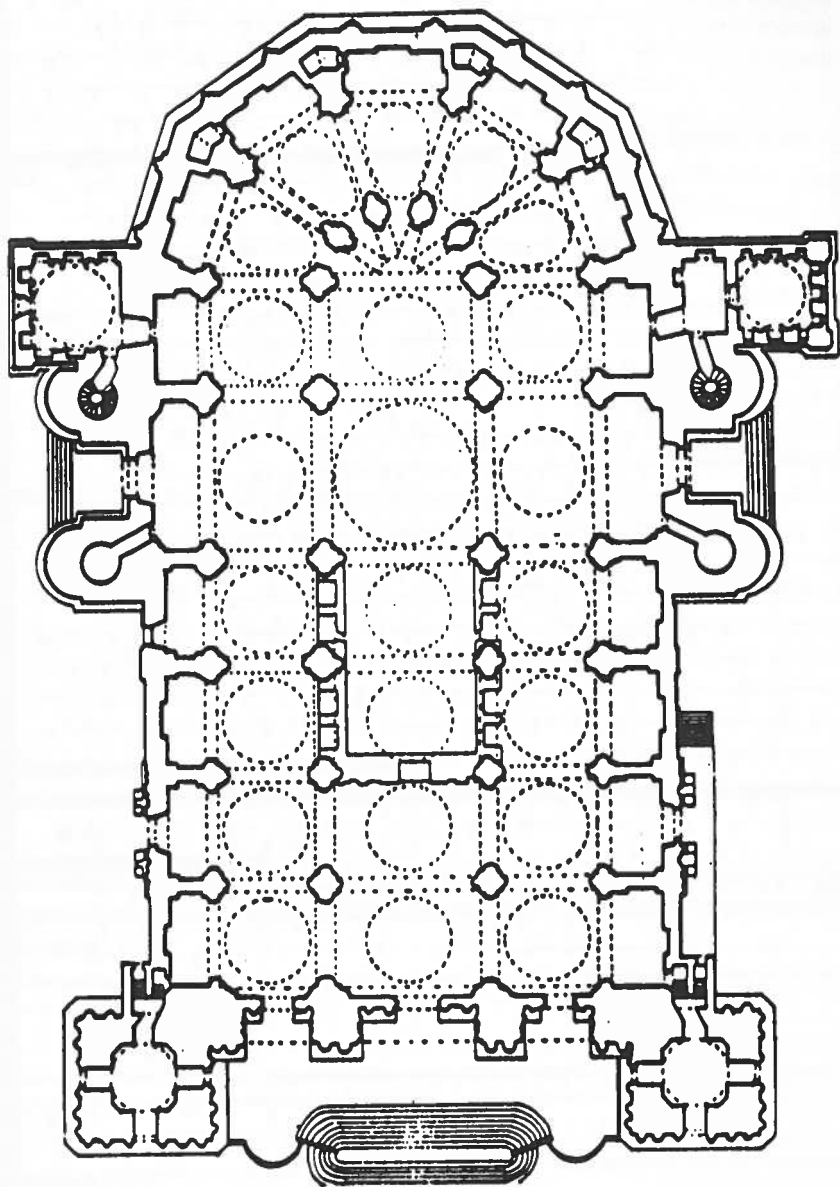
Al mismo tiempo que el prelado proponía las soluciones pecuniarias, que a la larga reactivaron también economicamente a la comarca, enviaba los citados planos de la catedral de Málaga, que nunca llegaron a aceptarse.

La decisión del fiscal, una vez estudiado el problema, fue el considerar que aquel proyecto de la catedral malagueña era muy suntuoso y costoso para Cuenca¹¹. Probablemente Carrión, que había sido auxiliar del arzobispado de Santa Fe de Bogotá, pensaba en rememorar su ciudad natal y nada mejor para ello que elevar una catedral como aquélla que tantas peripecias había pasado desde su erección y que había conocido unos momentos de apogeo arquitectónico durante la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente de la mano del maestro de obras Antonio Ramos, cuyos planos parece que tenía en su poder don José Carrión y Marfil¹². Además, la catedral malagueña había seguido todo un proceso constructivo que podemos retrasar casi hasta la conquista de la ciudad por los cristianos en el siglo XV y, por tanto, en ella intervienen elementos del último gótico, del renacimiento, de manierismo y del barroco.

10. La madera utilizada en la jurisdicción de Cuenca procedía en buena medida de los bosques de El Pan, al oriente de la capital azuaya, cerca de las localidades de Guachapala y Paute.

11. A.G.I., *Quito* 595, f. 27v.

12. Los planos de la catedral de Málaga (España) y el estudio sobre el propio arquitecto Antonio Ramos pueden verse en R. CAMACHO MARTINEZ, *Málaga Barroca*, pp. 137-166 y láms. 22 y 23.



Plano 2. Plano de la catedral de Málaga.

La pretensión del obispo no tuvo buena acogida, pues suponía la erección de un gran templo desproporcionado para las posibilidades de la región. En el interior serían tres grandes naves con girola con tramos cubiertos por cúpulas, destacando entre ellas la del crucero; fachadas laterales flanqueadas por pequeñas torres en los brazos del crucero y fachada principal a los pies con dos grandes torres. Todo ello sazonado de una rica decoración barroca y utilizando esencialmente el orden corintio.

Lógicamente, el ambicioso proyecto estaba trasnochado y no pasó de ser una mera pretensión episcopal que no llegó a ninguna parte. No sólo resultaba demasiado cara, sino que su anticuado barroquismo, mezclado con estilos anteriores, atentaba contra el clasicismo en boga, alentado por las autoridades borbónicas de Madrid a través de la Academia de las Tres Nobles Artes.

En 1797, y visto que la solución malagueña no había progresado, se proponen en Cuenca, al menos, soluciones de espacio. Estaba claro que la catedral debía elevarse sobre las antiguas dependencias jesuíticas, que tenían 120 varas de largo y otro tanto de ancho. Como esa medida era excesiva, se consideró que 60 de anchura podían utilizarse para catedral y las otras 60, divididas, para palacio episcopal y seminario, que serían de dos alturas para un mejor aprovechamiento del espacio y adaptación a la altura catedralicia. Aun así, las 60 varas que quedaban de fachada para el templo en la plaza se consideraron excesivas y se pensó utilizar una parte de ellas para iglesia del Sagrario. Como toda catedral necesitaba su atrio y resultaba excesivo el obtenerlo a cuenta de la plaza, se pensó en retranquear la construcción, de modo que quitando un trozo de plaza y otro de solar se podía obtener el fin deseado. Lo mismo se consideró respecto de la calle adyacente, aunque el espacio a reducir debía ser menor, pues esta vía sólo tenía 11 varas y media de anchura.

LAS INTERVENCIONES DE ANTONIO LOPEZ AGUADO Y DE OTROS ARTIFICES POSTIDEPENDENTISTAS.

La Casa de Borbón había desarrollado en las artes españolas el espíritu academicista imperante y ello lo proyectaron sobre las colonias y sus edificaciones religiosas, ya que sus posibilidades de intervención allí eran mucho mayores que en la propia Península, debido al real patronato y lo que éste conllevaba. No es de extrañar, por tanto, que la solución arquitectónica de la nueva catedral cuencana se mande estudiar a la Academia de las Tres Nobles Artes, en Madrid, para que se lleguen a elaborar unos edificios -a la catedral iba unido el seminario y el palacio episcopal- «de manera que resulten sólidos, de noble sencillez, del orden arquitectónico que corresponda a cada uno y del tamaño que sea suficiente»¹³.

13. A.G.I., *Quito* 595, f. 32.

Cuando apenas le quedaba a Carrión y Marfil un año para terminar su periodo episcopal, en 1797, queriendo acelerar el proceso constructivo de su catedral y visto que era la Academia de las Tres Nobles Artes quien iba a decidir, se apresuró a enviar tres mil pesos, a través del presidente de la Audiencia de Quito, al ministro de Gracia y Justicia. Con ellos quería que se pagara al arquitecto que formase los planos del templo y demás dependencias.

Ahora bien, entendían las autoridades que la construcción se iba a hacer alejada del lugar en el que se realizarían los planos y, por tanto, se decide que éstos sólo se elaboren atendiendo a «que las partes interiores y exteriores sean arregladas a la buena arquitectura», quedando las divisiones internas para que se hiciesen de acuerdo con las necesidades que hubiese en Cuenca.

En 1801 todavía no había llegado a la capital del Azuay el proyecto de la Academia y, por tanto, lo mismo que se había hecho para la catedral de Santiago de Cuba, se pidió que se reuniese una junta de la que formasen parte el gobernador de Cuenca, el obispo y un prebendado¹⁴. En ellos, desde ese momento, debían concentrarse las facultades para la ejecución.

En 1806 es cuando se da la real orden para que la Academia nombre un facultativo. La suerte iba a recaer en Antonio López Aguado¹⁵, hombre formado a la sombra del gran arquitecto español Juan de Villanueva, con el que había colaborado en algunas de sus construcciones¹⁶. López Aguado llegó a ser académico de mérito en 1788, momento en el que comienza a trabajar como arquitecto, recibiendo encargos de la Comisión de Arquitectura, encargada de estudiar los proyectos que sobre obras públicas se hacían en España. En 1795 pasa a formar parte de la citada Comisión. En 1799 la Junta Particular de la Academia le nombra Teniente Director por la Arquitectura. Desde 1802 realiza numerosos informes sobre obras arquitectónicas, llegando incluso a ejecutar los planos de la capilla de los Dolores de la catedral de Sevilla. Es el año de 1805 cuando recae sobre él la Dirección de Arquitectura de la Academia y los

14. A la sazón era gobernador político y militar de Cuenca don Ignacio Fortich y Mas, cargo que ocupó entre 1801-1803. El obispo nombrado para Cuenca en ese momento era don José Cuero y Caicedo, que no llegó a sentarse en la silla cuencana por ser promovido en diciembre de 1801 para la diócesis de Quito, precisamente cuando se hallaba en esa ciudad dispuesto a hacerse cargo de la cristianidad del Austro ecuatoriano; le sucedió Francisco Javier Carrión y Lafita que murió en Quito, cuando también salía para su diócesis.

15. Para conocer más sobre este arquitecto pueden verse las obras de P. NAVASCUES, *La arquitectura madrileña del siglo XIX*, Madrid, 1973 y C. SAMBRICIO, *La arquitectura española de la Ilustración*, Madrid, 1986.

16. A Juan de Villanueva se deben, entre otros muchos edificios, los planos del Museo del Prado, del Museo Municipal de Madrid, del Gabinete de Ciencias Naturales, de la Casita del Príncipe de El Escorial y un largo etcétera. Fue, sin duda, el artífice y teórico de la arquitectura más relevante de España en la segunda mitad del siglo XVIII.

encargos para hacer edificios se le multiplican, llegando a ser uno de los artistas más ricos de la España de principios del siglo XIX y siendo conocido como «el arquitecto afortunado». A él se deben en la ciudad de Madrid la Puerta de Toledo, el palacio del marqués de Sonora, el palacio de los duques de Villahermosa, amén de otras muchas obras esparcidas por la geografía española. El gran artífice clasicista moría en la capital de España en 1831 a los 67 años de edad.

En 1804 tuvo López Aguado su primer contacto con la arquitectura americana al encargársele el diseño del Teatro de Comedias de Buenos Aires. El proyecto iba a ser aprobado, tal y como se conserva en Archivo de Indias¹⁷. En él siguió con bastante fidelidad los modelos italianos del momento.

El siguiente gran encargo para América iba a ser la propia catedral de Cuenca. Carlos Sambricio dice respecto de estos planos desconocidos, que con ellos colabora a la difusión en Hispanoamérica de un concepto que sólo había sido esbozado por la Academia de México¹⁸; tal afirmación resulta exagerada si se tiene en cuenta que tales proyectos nunca se llevaron a efecto y ni en la propia ciudad de Cuenca parecen haber tenido mayor resonancia.

Los planos de Antonio López de Aguado, como hemos dicho, no se ejecutaron, porque tanto el fiscal como la contaduría los juzgaron como desproporcionados e inútiles, sin saber si la culpa la tuvo el mismo arquitecto o se le dieron mal los datos necesarios. El valor de los edificios planeados ascendía en Madrid a 11.000.000 de reales. Esta cantidad supondría el doble en Cuenca, debido a la falta de técnicos -que habría que llevar de otros lugares-, así como de utensilios, paga de mayores jornales, etc. Las cosas, por tanto, se presentaban difíciles; pues, si resultaba casi imposible conseguir los 3.500.000 reales presupuestados allí, mucho menos podría contarse con una cantidad tan elevada. Es por ello por lo que el fiscal y la contaduría pensaron que sería más lógico que los proyectos se hiciesen en Lima¹⁹.

A pesar de que los planos del profesor de la Academia no se adaptasen a lo previsto, a don Antonio López Aguado se le debían satisfacer por su trabajo los 10.800 reales, que reclamaba todavía en 1815 y que, conocida la situación de los antiguos territorios de la Audiencia de Quito, nunca llegaría a cobrar.

El sucesor de Carrión y Marfil en el obispado de Cuenca²⁰, el gallego realista Andrés Quintián y Ponte -obispo entre 1807-1813, alegaba que ya su predecesor

17. D. ANGULO IÑIGUEZ, *Planos de América y Filipinas en el Archivo De Indias*, t. II, p. 625

18. C. SAMBRICIO, *op. cit.*, p. 352.

19. Por entonces, en Lima había una buena pléyade de arquitectos clasicistas, entre los que destacaba Matías Maestro con su antibarroquismo exacerbado.

20. Nos referimos aquí a quien le sucedió haciéndose presente en la diócesis, pues, como vimos anteriormente, hubo de por medio dos obispos que no llegaron

en la mitra había enviado 3.000 reales para pagar al arquitecto y que debía investigarse a donde habían ido a parar. Lo cierto es que el dinero que se había obtenido para edificar la catedral cuencana se había remitido a España en 1808 y 1809, como dijimos, para ayudar en los difíciles momentos por los que se atravesaba en la Península con la invasión francesa. Luego, las luchas independentistas de los territorios quiteños harían que pasasen a un segundo plano las pretensiones de López Aguado, que nunca debió llegar a cobrar los honorarios de su irrealizable y clasicista plan, como tampoco se elevó una catedral en Cuenca en los últimos años del dominio español.

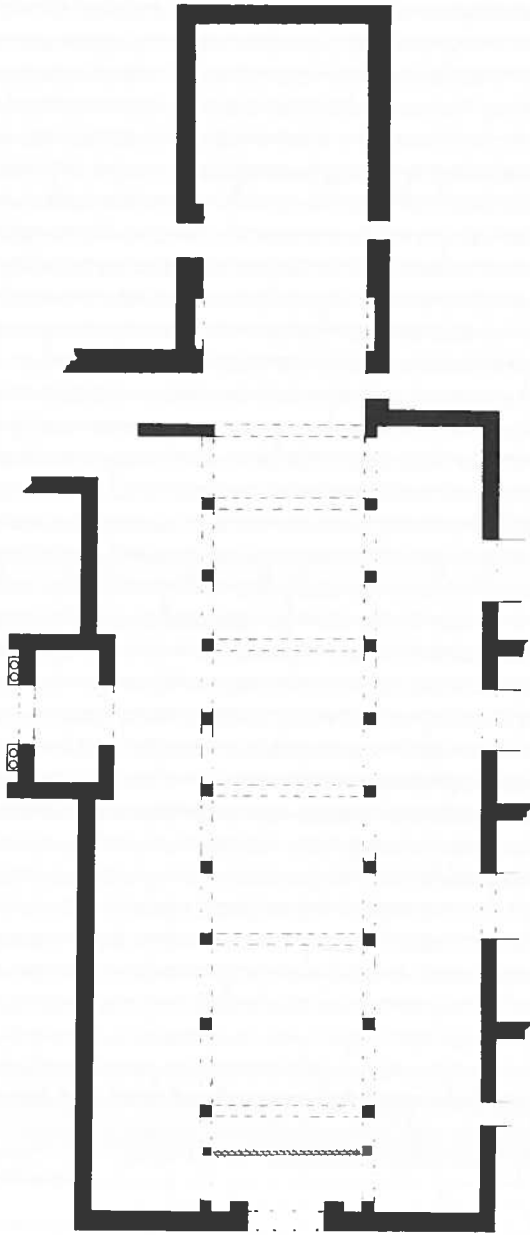
Tras la independencia era vital el que la ciudad azuaya contase con un templo episcopal. De alguna forma éste se convertiría en un símbolo de la libertad recién alcanzada. Pero la situación económica no permitía grandes excesos - incluso menos que antes- y se inicia todo un proceso de edificaciones que duran hasta nuestro siglo y en las que intervienen importantes artífices de la zona, como Tamariz, aunque ninguno con la categoría de arquitecto²¹. En torno al año 1872 la actividad constructiva en el templo es mucha y prácticamente se rehace, hasta el punto de que sabemos que en ese año se pagan 603 pesos, de los que una buena parte fueron a parar al cantero Manuel Lucero por cuenta de la portada de la iglesia²².

El templo actual -conocido como la catedral vieja-, producto de todas las refacciones habidas, se compone de tres naves separadas por pilares almohadillados de orden jónico. La nave central se divide en cinco tramos de cubierta plana, lo mismo que las laterales, siendo éstas más bajas, con lo que la iluminación se hace por ventanales en la parte alta de la nave central. A los pies dispone de coro alto de madera, con órgano. En un lateral se halla un púlpito con un gusto muy propio de los años en torno a 1800, con un gran movimiento en planta y decorado con pabellones vegetales colgantes. El presbiterio es largo, con cubierta de artesa y tirantes de madera, cerrándose con un retablo neoclásico de dos cuerpos y tres calles. En la nave del lado del evangelio se ubican tres capillas desproporcionadas que deben responder, en buena medida, a la antigua iglesia. En el lado de la epístola, el pórtico lateral invade la nave y entre éste y el presbiterio se encuentra la capilla de las Animas. El exterior se mueve entre esquemas clasicistas y barroquizantes, propios del eclecticismo que se desarrolló en Cuenca en torno a 1900 y que duró casi hasta mediados del siglo XX. Dos portadas permiten el acceso a la catedral, una a los pies y otra al lado de la

a presentarse en Cuenca por diferentes motivos. *Vid.* nota 14.

21. Esto no debe resultar extraño, pues en los territorios quiteños no se creó una escuela oficial de arquitectura hasta el presente siglo.

22. A.C.A/C.(ARCHIVO DE LA CURIA ARZOBISPAL DE CUENCA), Caja 110, ff. 11-12v.



Plano 3. Esquema del plano de la actual Catedral Vieja de Cuenca (Ecuador).

epístola, resultando esta última más gracil, con entrada de arco rebajado y flanqueada por dobles columnas de orden jónico. Sobre la portada, la torre de dos cuerpos decorada con pilastras coríntias, tiene dobles ventanas en cada lado del primer cuerpo y una mayor en los del segundo.

Resultan interesantes las pinturas con las que se ha decorado el interior -que a la vez sirven para disimular la pobreza de los materiales arquitectónicos- y que también entran en la línea del movimiento pictórico mural cuencano de los siglos XIX y XX. Así, sabemos y tenemos documentada la acción del pintor Nicolás Vivar en la iglesia del convento de la Concepción, tras un contrato firmado en 1920²³; también en la iglesia de Susudel encontramos pintura mural del XIX en una hornacina de la nave. En la catedral abundan los temas vegetales, de tornapuntas y de imitaciones de materiales nobles, aunque en el lado de las capillas los temas arquitectónicos tampoco faltan.

Los grupos iconográficos de la cubierta se centran, en cada tramo de la nave central, en las enjutas de los arcos de diafragma. El primer tramo, por corresponder al coro, carece de motivos; el segundo representa a ángeles con trompetas, símbolo de anuncio de la entrada en la Casa del Padre. En el tercer tramo se sitúan los evangelistas y en el cuarto los padres de la Iglesia de Occidente. El el tramo inmediato al presbiterio se colocan, por un lado, San Carlos Borromeo y, por otro, San Alfonso María de Ligorio, mientras que correspondiendo al arco triunfal se ubican escenas de la Pasión de Cristo.

Debemos hacer aquí un comentario que puede ayudarnos a comprender algunas de las remodelaciones catedralicias. Hemos dicho que, al lado del presbiterio, se ubicaban sendas pinturas de San Carlos Borromeo y San Alfonso María de Ligorio. Nos interesa este último santo, puesto que a finales del siglo XIX trabajaba en Cuenca el Hermano Juan B. Stiehle²⁴, alemán afincado en la ciudad que ejecutó en ella múltiples obras y cuya mano no nos cabe duda de que intervino en la catedral que tratamos, aunque también fue él quien diseñó y dirigió los primeros trabajos de la llamada catedral nueva, ubicada donde se pretendió hacer en su día la colonial. No se explica sin la influencia del H. Stiehle

23. A.M.C/C. (ARCHIVO DEL MONASTERIO DE LA CONCEPCION DE CUENCA), leg. 1346 (clasif. provisional de 1990).

24. Sobre este Redentorista, aficionado a la arquitectura, recientemente se ha publicado una obra por miembros de su familia alemana F. HOLZMANN y E. BALDAS, *Hermano Juan B. Stiehle C. Ss. R. Arquitecto y testigo de la Fe*, Cuenca, s/a. De manera breve debemos decir que, aunque realizó algunas obras con bastante acierto, como la espadaña de las Conceptas -que aunque no se halla documentada, no nos cabe duda de que salió de sus manos-, por otro lado su arquitectura religiosa, a pesar del paso del tiempo, ha resultado inasimilable por la ciudad. Sus edificios responden a esquemas centroeuropeos que rompen de manera violenta con el conjunto urbano. Los mejores ejemplos de la distorsión urbanística provocada por Stiehle son, sin duda, los de la nueva catedral de Cuenca y la iglesia de San Alfonso, a las que se podría definir como «bofetadas arquitectónicas fuera de lugar y de tiempo».

la presencia de San Alfonso, santo que no ha gozado nunca de una gran advocación entre los cuencanos ni parece lógico que su imagen apareciera en un programa iconográfico junto a Padres de la Iglesia, Evangelistas, etc., si no es por motivos de exaltación de su propia orden -los Redentoristas- o de algún miembro de ella.

Para nada parecen haberse tenido en cuenta en la catedral cuencana los planos del arquitecto español López de Aguado en la construcción y reformas posteriores a la independencia. En su interior, se recurre a un lenguaje cercano al manierismo quiteño, como la utilización de pilares almohadillados de capitel jónico; mientras en el exterior nos encontramos con una torre que es casi una copia idéntica en menor escala a la San Agustín de Quito y cuyo segundo cuerpo quizá nos permita conocer como fue el de aquella edificación de la capital de la Audiencia, que tras un terrible terremoto del siglo XIX se había venido abajo²⁵. Por otro lado, la portada catedralicia también nos recuerda el cuerpo superior de la portada de San Francisco de la capital -realizada en el mismo orden jónico- o también el primer cuerpo de la portada del Sagrario. De hecho, el orden jónico le encontramos como el preferido de las iglesias quiteñas del manierismo y el barroco.

25. Sobre este edificio se ha realizado recientemente un artículo de J. PANIAGUA PEREZ, *Vid.* nota 2.

El gran templo que nunca se llegó a construir...



Foto 1. Portada de la Catedral Vieja de Cuenca (Ecuador).

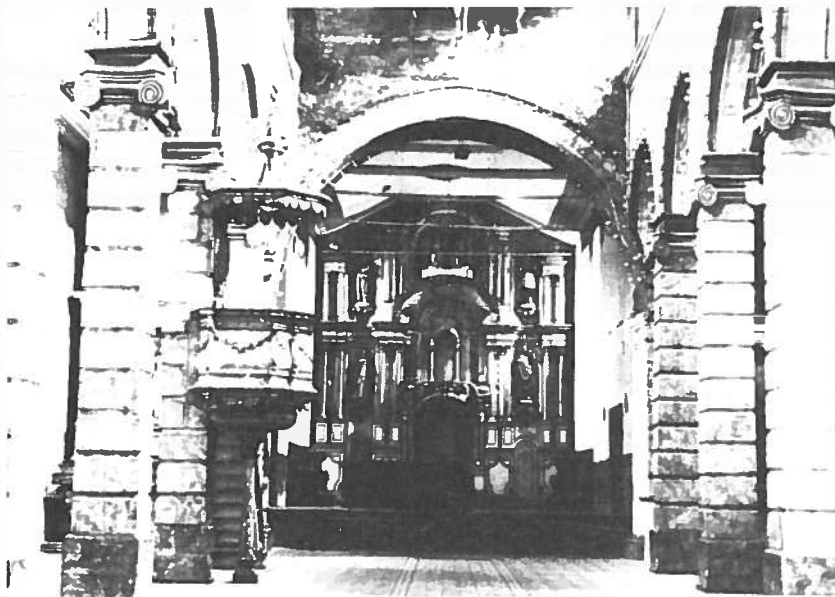


Foto 2. Vista del Abside.



Foto 3. Vista del Coro.